CANTOS RODADOS

Verano 1968

Legislador es lo que me hubiera gustado ser. Basándome en la radical igualdad humana, sazonada epidérmicamente con el esplendor de las diferencias infinitas, promulgar ese artículo primero que, como la chiquillería árabe el Corán, repetirían cada mañana nuestros hijos en las escuelas públicas: Todos somos iguales y tan distintos.

*

Los parias del mundo me conmueven; más propiamente, me consternan. Si salir de su condición supone abrazar la codicia del aburguesamiento, entonces, en potencia, me repelen. Repulsión instintiva, nata en mí, y que el trato diario con las gentes me obliga, por imperativo de la educación, a disimular. Ya que, entiéndase bien, no son sólo burgueses los que pasan por tales. Burgués es todo aquel que se siente a sus anchas en un mundo acomodaticio, legalista, respetable y sórdido.

*

Suele ser más frecuente el dormir feliz por haber herido a nuestro prójimo que por haberle ayudado. Esto segundo suele engendrar, para nuestra vanagloria, algo así como el espectro de una buena conciencia. Pero herir, humillar, nos compensa de nuestra pequeñez; provoca, como pocos incentivos, haciéndola brotar como un alma de nuestros jugos viscerales, el sabor de la felicidad; felicidad siniestra, naturalmente.

*

Si todos un día hemos de codearnos beatíficamente en el más allá, qué de extraño tiene que aquí, sobre nuestra tierra nutricia, como la llamaban los antiguos, vivamos al descuido que nos impone nuestro

interés, dándonos golpes de pecho, cierto, cuando nos lo indica la liturgia, pero volviendo a repetir hasta la saciedad nuestras faltas y nuestros pecados. No; lo verdaderamente enigmático de la vida, de la vida personal, es que carece de continuidad y, según acostumbramos a desear, de trascendencia. Aquí, en este corto espacio, nos realizamos, y nada quedará de nosotros, sino el recuerdo flotante, a veces apremiante, en aquellos que fueron nuestro prójimo, pero que acabarán desapareciendo también, llevándose incrustada en sus pupilas, definitivamente, nuestra efigie pasada. Todo el misterio de la vida reside en esto, en lo patente que resulta lo efímero de nuestro ser. Y el poco amor de que la humanidad es capaz, en ello encuentra su estímulo. Si considero que aquel que tengo frente a mí está herido de muerte, su condición me conmueve y, de rechazo, lo puedo amar. Con el amor caritativo que despierta su naturaleza mortal. Por otro lado, la intensa melancolía, la congoja misma, que nos produce a veces el recuerdo de un muerto, se debe a eso, a que sabemos, con un convencimiento que no admite argumentaciones, que aquel que vivió y que fue nuestro vecino, algo más a veces, no está en ninguna parte, no lo volveremos a ver.

*

Embellecer las cosas del mundo, sus personajes, sus situaciones, sus dramas, no es deformarlas ni tampoco, como se empeñan en denunciar los severos, idealizarlas. Embellecer no es simplificar, como gustarían los realistas, pero tampoco, como ellos acusan, adornar. Es, por el contrario, contemplar, ver, sentir, en toda su esplendidez, el mundo. Debido a que la belleza es, más que trina, innumerable, y más que innumerable, potencial; la belleza no es, precisamente, una forma ni un contenido, es un potencial, es decir, una energía oculta que se manifiesta en relaciones de esto con aquello, de aquello consigo mismo. Descubrir estas relaciones es dotar a la vida de una dimensión inasible que, más que trascenderla, la intensifica. Hay quienes sospechan que la belleza es una invención del artista del mismo modo que la fe lo es del sacerdote; pero se confunden. La belleza pertenece a la vida, emana de ella, por así decirlo; que sea el artista el llamado, por sus agudas dotes de perfección, a revelárnosla, no impide que, al descuido, un hombre cualquiera quede momentáneamente transido ante una puesta de sol, o bien a los acordes de una sinfonía. El arte puede, por exceso de saturación, convertirse en artístico; la belleza no. Es siempre algo natural y elocuente que flota, sugestiona e intranquiliza.

Lo que aún mantiene la resistencia a conceder al amor socrático carta de naturaleza no es la teoría de acusaciones morales que a lo largo de su vida, forzadamente subrepticia, pesa sobre él: anormalidad, perversión, morbo, enfermedad, costumbre contra natura. Por debajo de tales imputaciones defensivas, la sociedad ha olido algo mucho menos dañado, pero infinitamente más peligroso para el funcionamiento del engranaje social; ha entrevisto la imperante independencia de un gesto, de una actitud pasional, que recaba para sí un placer sin el contrapeso, impertinente, de las obligaciones. Ha husmeado lo que tiene, en su radicalidad autónoma, de ingobernable y de lujoso; de juego, *Lusus naturae*. Y eso, comprensivamente, le asusta.

*

Todos los que ven la televisión son iguales, fundamentalmente; constituyen un todo; son la mayoría, millares de millares de seres cloroformizados. No importa qué televisión, la mala, la menos mala, la peor. La ven a diario, horas y horas, millares de millares de horas, hombres, mujeres y niños, de espaldas a la vida, de frente al artefacto, viviendo, en la pequeña pantalla estatal, un simulacro de vida, en la pequeña pantalla guiñolesca, movida, intencionadamente, por los gobernantes, por sus sicarios, los buenos, los regulares, los pésimos. Unos cuantos tan sólo no ven la televisión, no quieren verla, ni siquiera se defienden de ella, no les atrae, la repudian; aunque su tiranía les aflige. Esa cultura-papagayo, de metal, sirviéndose de imágenes movibles, infantiliza. Infantiliza, incluso, para el crimen. Estos refractarios a la televisión forman una minoría que se desconoce, se desconocen entre sí los que la forman y, o se sienten seres superiores, o sumamente desgraciados. Pueden no aparentar que son tan distintos, pero lo son. Ni siquiera sabrían argumentar en contra; rechazan, de plano, una sumisión personal conseguida con engaño tan evidente, tan *a la vista;* una sumisión del ser completo a un engaño, no tanto porque el pienso diario que hay que dar, en gruesas, a la grey sea como información de la realidad viviente, falso, acomodaticio, rastreramente tendencioso, sino, y muy principalmente, porque la vida se ha hecho para vivirla cada cual, no para que nos la den, estrujada de tiempo perdido, sentados en nuestra casa, entre cuatro paredes, como una desposesión intrusa, lenta, tenaz, implacable, de nuestras entendederas, de nuestra volición, de nuestra salvadora capacidad de rebeldía.

Hasta el solitario necesita, para serlo, de los demás. La humanidad es como un bosque tupido que uno atraviesa: su rumor acompaña. Encrespado, asusta. Pero menos que el silencio eterno. Ir al bosque, nutrirse de él, y volver, comedido, a la soledad. Vaivén estimulante y pacificador: vida del hombre entre los hombres.

*

Leo, casualmente, en la enciclopedia Salvat: «Benimeli. Geog. Lugar de la prov. de Alicante (España); p. j. de Denia; 587 hab. Cereales, aceite, vino, algarrobas, pasas, almendras, sedas, frutas y hortalizas. Me quedo extasiado. ¿Existe, me digo, sitio alguno en el universo que reúna, con precisión tan escueta y tan depurada, lo poco que necesito, incluida la seda? Todo entrañable, nada desconocido. El mismo nombre de la aldea podría muy bien ser el de la posesión de una amiga que tendría allí un colín. ¡Oír de su teclado, Cimarosa o Chopin! ¡Rodeado de los dones terrestres de mi cultura, la era, la almácera, el lagar, qué conjunción incomparable, y realmente misteriosa, de pobreza y lujo! ¡Y quinientos ochenta y siete habitantes! Cada cual su nombre, su apellido, su casa, alguien a quien se tiende la mano sabiendo quién es. Delicioso acompañamiento de solitarios. De silenciosos que hablan. Carros, caballerías. Si se oye un motor, es el de un automóvil; uno sólo. Lo moderno que irrumpe, y que se considera, sin aturdir. Postrimerías del siglo XX. Con el alma en un hilo. Y fuera, y en torno, mi tierra, mi paisaje, su perfume apretado: silencio, azul, una abubilla, con su cresta, que desciende, volando. ¡Vida mía colmada! Aticismo, senectud, provecho.

*

Cuando los dioses nos abandonan, siempre hay algún demonio solícito que, como un repuesto de combustible central, nos refuerza el ánimo o nos provee de paciencia. Como compensación pide que, de enemigo, lo convirtamos en confidente, de demonio en dios. Y el ciclo se renueva.

*

Dostoievski, desde su prisión siberiana, le pedía noticias a un amigo sobre su hermano Michia. «Antes, le dice, me amaba ardientemente.» Luego, en otra carta, cuando el hermano muere, le llama *mi ángel.* ¿Quién hoy se atrevería a expresarse así? (Quién podría.) La ternura ha hecho mutis en el mundo actual. Sólo la sensualidad hace las veces entre nosotros de atracción humana; eso queda al menos.

Nietzsche decía que el mundo iba adquiriendo una fealdad, el mundo visible, que nos obligaba a ir acrecentando la belleza de nuestra vida espiritual, en el sentido de intensificarla y, casi más, de conservarla. Quería decir que, a la par que se iban eclipsando, como enseñas, muestras, apariciones, de una cultura estética, las mansiones del Renacimiento, las pintorescas aldeas de la montaña, el silencio natural de los caminos comarcanos, el trote de los caballos de tiro, que le dan al viajar una animosidad de cosa viva, entre rural y mitológica, habíamos de ir sustituyendo la hermosura del mundo exterior por la más secreta de nuestra alma en movimiento. Poner en nosotros mismos no el acicalamiento de lo bello visible, sino el toque interior de sus proporciones magníficas y hacer que nuestro resplandor íntimo sustituya con creces lo que hasta ahora fue halago de los sentidos y sobre todo noble encarnación de la más exclusivamente humana de las aspiraciones: orden y concierto. *Ordo Amoris.*

*

Dejemos siempre una puerta a la esperanza, pero sin pensar en ella. No es que la esperanza exista; es que la vida existe, y en ella cabe todo: lo que esperamos, lo que tenemos y lo que con frecuencia acaba siendo, si no lo mejor, lo más sorprendente: lo inesperado.

*

El mundo cambia —el mundo de los hombres—, y en ese cambio cambian también sus defectos; cambian de sitio, de faz, de postura; es decir, se mantienen. Como si nos fueran inherentes, indesarraigables, necesarios. Lo que, aun aceptado así, no justificaría que nos cruzáramos de brazos. El hombre insiste —algunos hombres—, como un día insistió, con su hígado roído por el buitre, Prometeo. El hombre insiste, insiste en cambiar. Dios o el Diablo se resiste. Veremos en qué acaba la cosa.

*

La contradicción flagrante de nuestro tiempo se nos hace patente, como nunca, en el hecho de que, a la vez que una gran potencia civilizadora arroja con ensañamiento sobre millares de hombres, desde sus aparatos de guerra, una muerte forzada, en sus laboratorios se dedique con escrupuloso ahínco a rescatar al hombre, a ese mismo hombre al que cerca para matarlo, de su muerte natural. Por un lado, el frenesí

mortífero, la destrucción impía de la vida; por el otro, y simultáneamente, el frenesí vital, la lucha sacra contra la muerte. He aquí una sociedad incoherente, contradictoria, polarizada, que guarda entre los resortes de su núcleo propulsor el secreto de un mal originario, de una ambigüedad inquietante.

*

Excepto el talento y la gracia, todo lo demás se aprende. El patán podría haber sido gran señor, el gran señor pudo haber sido patán. Es cuestión de ambiente y de tiempo.

*

Asia es más sabia que Europa, más sabia; Europa, más intelectual. El empeño de Europa ha consistido en valorar la vida como actividad, y así, su misma religiosidad, aunque inoculada por Oriente, promete al hombre europeo lo más apetecible para su concupiscencia: la vida eterna. Asia no cree en la vida; la soporta. La ha profundizado hasta traspasarla; en la otra orilla, la nada. La única victoria posible del hombre sobre la Naturaleza —¿sobre la divinidad?—, sobre el tiempo falaz: extremadamente sensibilizado, atravesar impasible la presencia del mundo.

*

Para dar un paso más, para dar ese paso más que exige mi época, necesito arrancar valientemente no sólo de mi niñez y de mis padres, de mucho más atrás: de mis abuelos; haberlos vivido en profundidad para de este modo superarlos o, si queremos ser más modestos, desarrollarlos; ir adelante, no tanto en el sentido de las direcciones geográficas, como en el de las históricas; en el de la vida, que nos apremia. Pero para ello, digo, no romper con los antepasados; integrarlos como fondo y hacer que su carga, en lugar de paralizadora, nos sea estimulante. Romper es innecesario e inútil. Pasado el desgarro, se restañan las heridas y volvemos a buscar los jugos nutricios en las fuentes perdurables. Habiendo perdido mientras tanto un tiempo precioso.

*

Mi obra escrita, por lo que oigo, exhala un perfume de serenidad, de acoplamiento con el mundo, de complacencia en el vivir, incluso de alegría. Y, sin embargo, yo no soy así. Y también, sin embargo, no

finjo al escribir lo que escrito queda. ¿Contradicción? ¿O dos naturalezas? ¿Quién es uno: lo que se trasluce o lo que queda incomunicado? Esa propensión a expresar, a plasmar, a cantar, no lo contrario de lo que se siente, pero sí algo que puede ser el efecto de un supersentir, tal vez sea la única posibilidad que se le ofrece de salir a flote a un ser que me acompaña y que, aunque menos tangible, también soy yo, y que pretende dejar huella patente de sí mismo cuando los dos hayamos rendido a la vida, yo mi suspiro último, él su palabra postrera.

*

Los problemas que hoy discute —y hace encresparse— el mundo, el llamado *aggiornamento,* los traía uno resueltos al nacer. De ahí que podamos pasar por indiferentes cuando no somos más que adelantados. No nos explicamos el retraso de los demás y lo premioso de sus aceptaciones. Se vuela a la estratosfera y se sigue votando por los *blancos.* Buen indicio de que nuestra ocupación no es sinónimo de modernidad. Quiero decir que se puede ser cosmonauta y conservador, como, por el contrario, ser hombre de a pie y haber llegado lejos; las apariencias engañan.

*

La rebeldía es la sal de la vida. No es necesariamente vocinglera. En ocasiones, y en algunos, reviste forma silenciosa y aterciopelada. Es la indesarraigable.

*

Aislamiento y cultivo del respeto ajeno. El hombre moderno, producto de nuestras sociedades populosas, se conduce al revés: sumido en lo multitudinario, vive sin atención a nada que no sea, desaforadamente, los mandatos de su oscuro egoísmo elemental. La repudiada torre de marfil se nos ha confirmado como más humana —entiéndase humanitaria— que la plaza pública. El *socialismo,* en cuanto a relación sensible de humanidad, de hombre a hombre —me refiero a sus efectos actuales en países capitalistas—, es pura ficción. Las gentes se aborrecen, pero viven necesitadas, como un espeso aliciente que las vulgariza, y las irrita, del vaho común.

En el fondo, y como aspiración o como necesidad, de toda civilización, que suele ser en gran parte un formato elaborado que adquiere la vida del hombre que vive en sociedad, está siempre alentando un impulso que pasa por elemental, pero que tal vez sea, por el contrario, cultísimo: la anarquía. Los tres grandes ideales del pasado, la religiosidad, el aristocratismo y la estética, han sido, como tal ideal de vida, superados o abandonados. Nuestra sociedad actual carece de ideal que ofrecer; ofrece comodidad, que no es lo mismo; es su contrario. Lo que parece perfilarse para el porvenir, en aquellos que por su vibración —jóvenes, artistas, pensadores, vividores— inspiran confianza, es un Estado mecánico, construido sabiamente por la ciencia en provecho del hombre para que funcione como lo que es, como un artefacto perfecto, mientras el individuo, libre de esa sumisión humillante, que le ha convertido en un autómata más que en un ciudadano, viva la natural anarquía de la creación, abolida toda su trascendencia, pero enteramente recuperada en su enigma inicial, que es el único ideal, ideal global y definitivo, que puede hacer las veces de las ilusiones perdidas.

*

Las cosas tienen un límite de explicación más allá del cual resultan inexplicables. Forzar ese límite es como intentar lo prohibido. ¡Menos mal cuando actuamos angustiosamente! Pero en la mayoría de los casos se trata de una mera actitud esportiva: hablar. A este orden corresponde la necesidad actual del coloquio que se abre tras cualquier acto de presentación o exposición cultural. No es que no resulte simpático e incluso instructivo; esa cooperación que rompe vitalmente el aislamiento en que se nos muestra el conferenciante, dentro del círculo mágico de su saber. Pero si el escritor tiene como su forma propia de expresión el escribir, ¿cómo podrá pedírsele que nos explique mejor aquello que, resultado de una laboriosidad esotérica, su talento, su estudio y su inspiración han hecho cristalizar de modo tan personal, tan expresivo y, por qué no aceptarlo, tan definitivo? ¿Se le pregunta al carpintero que nos explique de otro modo su mesa? Lo hará, pero menos claramente. Así es como se nos piden razones de lo hecho y, a lo sumo, añadimos conceptos, versiones, palabras: confusión.

*

Cuando escribimos sobre el pasado nuestro, lo hacemos con todas las adquisiciones del presente, no lo olvidemos; con todo lo que el presente nos está vertiendo, minuto a minuto, en las venas: la renova-

ción, oxigenada, de la vida circulante. De ahí que resulte un pasado tan actual, tan actualizado. Y es que sólo los que han sido actuales, puesta la íntima atención del alma en cada momento, pueden permitirse rememorar sin tornarse archiveros.

*

Haber pasado por su época, burlándola. Rara gracia.

*

Es uno mismo el que necesita redimirse, no el mundo. El mundo es como es: vasto, vario, tentacular, siniestro, incorregible.

*

La profusión de fotos que nos muestran al doctor Barnard en fiestas mundanas, bailando con «celebridades» de *magazine,* dan de él la visión, poco común, del hombre de ciencia. Y que podríamos tener por frívola. Calificativo que no convendría, por el contrario, a una *star* cinematográfica como Marlon Brando, metido a redentor. Son, sin duda, excepciones profesionales, pero que ilustran, diríamos que irónicamente, la variedad del género.

*

Apresada, y bajo el influjo, y el peligro, de dos terrorismos de Estado: el americano y el ruso, la vieja Europa inspira compasión. Está inerme. Sus armas, desgastadas por usos y por abusos. ¿Qué será de ella? Al toro de Zeus no le atraen las ancianas y pace lejos, quién sabe si considerando que la meditación se impone en épocas tan exasperadas e inhóspitas. Por otra parte, la caja de Pandora tiempo hace ya que se abrió y su vacío sobrecoge. ¿Mendigar? Hoy los empréstitos no son tomados por limosnas. Triste sino. Pasados los años propicios para la prostitución, queda, en cambio, el camino expedito para el celestinaje. La ocasión la pintan calva. ¡Pobre madre nuestra! Quién sabe si, en el último momento, no sentirá renacer en ella, *noblesse oblige,* el mandato de la sangre, como un eco, al menos, regenerador del ilustre pasado. Recordando a uno de sus hijos, envolverse en la toga —*tu quoque Brutus*—y, recluyéndose en sí misma, dejarse acribillar por los puñales.

No lo califiquéis de pesimismo tenebroso. De la tierra empapada con la sangre del crepúsculo brota siempre un rayo de luz nueva; siempre, pero no en el acto; entre la muerte y la resurrección se extiende la noche negra. Respetémosla.

*

Con el cambio de domicilio cae en mis manos un ramillete de poesía arábigo-española que leí en mi juventud con arrobamiento, como los niños cuando la madre, en los atardeceres del invierno, los deja estacionar, con sus caritas concentradas de codicia golosa, ante las centelleantes vitrinas de los dulces. Abro y releo, tras treinta y tantos años de distancia: *El copero de mirada lánguida está en el ápice de su hermosura; no hay paciencia que resista y sufra su belleza. En sus mejillas arde un fuego de amor, que, sin embargo, aún no levanta humo de bozo en sus sienes.* O esto: *Sirve pronto el vino. El céfiro es lánguido, y la sombra, cobijadora, erige su trémula columnata. El jardín hace ondear de placer sus verdes mantos. Parece borracho; el céfiro le inclina y él cede a su presión. Está lleno de frescura. El rocío le dio un brillo de plata, que luego desapareció, cuando el crepúsculo ha pulido el oro de sus costados.* O esto otro: *¡Oh Dios, qué bello corría el río en su lecho, más apetecible para abrevarse en él que los labios de una bella, curvado como las pulseras, rodeado por las flores, como una Vía Láctea! Se estrecha hasta el punto de parecer un pespunte de plata en una túnica verde...* Su autor es Abu Ishag Ibrahim, *al Yannan,* es decir, el Jardinero. Vive en el año 450 de la Hégira, o sea en el siglo XI de nuestra Edad Media. ¡Y es de Alcira! Es decir que allí, en ese pueblo grande y empolvado que todos conocemos, los valencianos, a dos pasos de nuestra ciudad, podía vivir un hombre capaz de expresarse con ese aquilatamiento de orfebre y que, enhebrando vocablos como perlas, sentado entre otros que le escuchan y se recrean con él, sociedad singular, bajo la luna clara, con la pituitaria predispuesta a los mensajes del céfiro, en esas noches de verano, cargadas de constelaciones, de grillos y de luciérnagas, charla, suspirando, bebiendo. ¡Aquí mismo! Donde el ruido no nos deja hoy oír claramente el silabear de las palabras amigas. ¿Cómo quieren que creamos en el progreso?

*

Rusia posee la cima y la sima de la novelística tradicional: Tolstoi y Dostoievski. El primero, en blancos, azules, púrpuras y dorados: Tiziano; el segundo en negros, ocres, cárdenos y dorados: Rembrandt.

La plutocracia liberal ha corrompido la democracia americana; la dictadura staliniana ha desnaturalizado el comunismo soviético. Ambas grandes potencias, imperialistas a su modo, se nos ofrecen hoy más como un mal ejemplo a corregir que como un ejemplo a imitar; como un ejemplo detestable.

*

No se consiguen más que aproximaciones; la plenitud queda siempre relegada a otro tiempo.

*

Cada ser que nos deja nos arranca una imposibilidad. ¿De qué? La rosa de que le privan, ¿mengua el rosal o lo insta a florecer? Sí, un amor sustituye a otro, es cierto; en ello reside su pujanza, la del Amor. Pero el ser errante que pasó a nuestro lado por breves horas, por breves años, es intransferible. Su vida ha dejado de latir al unísono con nuestro corazón; sus ojos, de escrutar en los nuestros el arcano de la vida. No le servimos. Y esa nada que sentimos ser para quien fuimos todo, invade, como una niebla tenaz, desliéndonos, el reducto, pasmado y momentáneamente desvalido, de nuestra presencia inútil.

*

Alguien me decía: no te compliques la vida. Para él complicarse era comprometerse. Yo le dije: si no me comprometo, floto. Comprometerse depura; flotar desgasta. Son dos maneras de consumirse; prefiero la primera. Mi voz interior: ¿Depura o envenena? Eso depende. Entre la fraternidad y el fratricidio no hay más que el canto de una uña. Sobre todo entre españoles. Flota, pues. No; prefiero errar a errar. ¿Cómo? Exponerme a error que estar errante. Ya lo dije: comprometerme.

*

Buscar una aventura —en amor, por ejemplo— implica redundancia. Todo lo que vive el hombre son aventuras cuando el tiempo pasa sobre nuestras mismas venturas y las deja acotadas y perecederas. Un amor venturoso resulta ser nuestra aventura mágica y máxima cuando lo contemplamos después, a distancia, desprendidos forzosamente de ella. Las aventuras que se buscan son lo menos aventurado que nos suele

ocurrir, la bisutería del género. Los aventureros son meros coleccionistas de aventuras. Ulises lo fue y Marco Polo. Lo ha sido hoy, por ejemplo, Malraux. Los eternos viajeros traen sus alforjas colmadas. Hombres de relatos. Hombres dispersos. En cambio, los fundadores de religiones, así como algunos revolucionarios clave, tipo Lenin, suelen ser hombres de una sola aventura, total, escueta y solitaria; hacen de ella su vida y la vida toda. Fundan sobre ella el orbe.

*

Quien no asume el tedio no alcanzará a sentir el sabor profundo de la vida. La facilidad se enseñorea de aquel que vive apremiado entre el trabajo y las diversiones. Nunca será criatura dispuesta al salto supremo de la bienaventuranza. (Estoy hablando en términos terrenales.)

*

Si donde hay que ir a parar es a la desnudez suma —¡a la desnudez suma!—, era indispensable, me digo, que el cine viniera a mostrarnos la exageración de las cosas. De las cosas del mundo, de los rostros de los hombres, de sus párpados, de sus besos ingentes y de sus crímenes, en esas escenas de primer plano, con categoría, ante los ojos impasibles o aterrorizados de los niños, de obra maestra, de obra maestra del crimen, porque de este modo, luego, pasada la tolvanera, el vacío será mayor, será total. Nada expresará nada; todo no será sino Nada. Si el hombre lo soporta, ése podrá ser el momento propicio de la desnudez, de su conquista. Sin imágenes, besos ni crímenes, sin felicidad. Lo real, vivir, sin pena ni gloria, enigmáticamente. Porque el hombre seguirá siendo hombre que ha pasado de su etapa espectacular a la puramente viviente. Que ha *pasado,* entiéndase bien; que lo sabe todo, todas las fases del conocer, excepto la última, la inexplorable de vivir a secas, de vivir al desnudo. Los místicos han apuntado siempre, como visionarios, a este fin. Dante trató también de explorarlo por ese camino. *Chi va piano va lontano.* Sin olvidarnos del *nirvana* budista, más hecho de reflexión que, como se pretende, de negación. Quemando etapas para colocarse, de golpe, en la postura última. El cinematógrafo de los indios es el hinduismo, con las barrocas proliferaciones sublimes de sus imágenes; la vida es el enrevesado entrecruzamiento plástico de todo lo viviente, un acecho constante e insoportable de lo vivo: nacer y morir. La eternidad de lo inestable. Buda corta el nudo gordiano de los besos y los crímenes, no con una espada, sino con una simple

actitud: sentándose sobre la tierra, sobre la tierra promiscua y engañosa, y tomando la apariencia de la piedra, sólo que permeabilizada, piedra viva; nunca mejor expresado: la procesión va por dentro. ¿Insensibilización? No. Supresión de lo accidental. La sístole y diástole del corazón se confunde con el latido del mundo. La vida está a salvo. Un cuchillo no nos hiere; una desgracia no nos aflige. Lo soportamos todo con una media sonrisa enigmática. No es que se vegeta; se vive. Vivir como hombre es superar la especie hombre como imaginería y fundar lo esencial; haber puesto los fundamentos de la esencialidad humana. Que es en lo que hoy persevera la ciencia. Buda está en el dintel, insensible, del pensamiento científico, como Cristo sube a la cruz, melodramática, del escenario occidental. En ambos la materia apura al espíritu, lo cerca, lo compromete, pone sobre él sus manos desesperadas. ¿Clama en el desierto? Y así hasta hoy.

*

La conmoción universitaria que registra el mundo hace decir al hombre medio —al hombre y a la mujer—, que pasa por «formal»: no saben lo que quieren. Y en ese no saber lo que quieren, siento yo ahora, es en lo que hay que estar precisamente con los jóvenes, en lo que tiene su rebeldía de completa, contra todo y contra todos; rebeldía no tanto primaria como primordial contra el mundo, maniatado por los tópicos y por la técnica; una rebeldía vital a favor de la vida, a la que trata —utópicamente si se quiere— de salvar. Lo que se trasluce como aspiración a través del apasionado motín internacional de la juventud, lo que se anhela conquistar, más allá de todas las gendarmerías, las tecnocracias y los burocratismos, es lo que yo llamo, de un modo aparentemente incongruente, esto: la anarquía, la anarquía amante del orden. Frente al inflexible orden policíaco de los compromisos, el fluido orden anarquista del libre albedrío. El orden *ad libitum*. Difícil empeño, ciertamente, cuya añoranza acompañará siempre, como un tonificante-revulsivo, a la humanidad sin viciar.

*

Hay una manera absolutamente comprometida —comprometida para quien la ejerce— de escapar a la futilidad de la vida, de conjurar la trivialidad a que nos inclina, entre marrullero, agitado y tedioso, el diario vivir, y que consiste en pasar por cada momento nuestro, por cada peripecia vital, como si el oído y algo más que él nos advirtiera

que a nuestro lado, con el sigilo propio de todo lo inevitable, se cumplen los preparativos del juicio final. No, nada de policíaco. Mientras la Policía existe, el reo es una pieza que cobrar, un objeto, un objetivo desgraciado de la maldad ajena. Sólo en la libertad es el hombre sujeto de juicio, de un juicio que él mismo ejecuta y valora, que siente, inexcusable, al ascender de sí, descender sobre sí.

*

Nuevo Calígula: Que todos coman, trabajen, forniquen y duerman tranquilos para que mi desprecio por la humanidad encuentre su plena justificación.

*

Toda flor da su fruto; el tronco da las ramas; las ramas, hojas y yemas; las yemas, flores; las flores, fruto. Los frutos suelen ser comestibles; el hombre los usa para su alimentación; todo fruto es, pues, útil; tiene un fin utilitario; por hermoso, curioso o extraordinario que se nos muestre, una naranja, una piña, una calabaza, una fresa cumplen su fin alimentándonos, ya que poseen cualidades nutricias. Están también, además de los frutos del árbol, los de la tierra: las hortalizas. Y los que crecen subterráneos, los tubérculos; todos estos frutos diversifican nuestro sustento; amenizan con sus sabores el pan del hombre civilizado. Algunas flores engendran frutos venenosos o, más frecuentemente, semillas mortales, como la cicuta, una umbelífera, cuya simiente, diluida, daban a beber los atenienses a sus condenados a la última pena. La misteriosa *Papaver somnifera* de nuestros campos abraza entre sus pétalos de seda una delicada urnita que contiene los granos del sueño, es decir, una semilla con propiedades adormecedoras. Pero hay unas flores que parecen contentarse con su floración, como si su finalidad última fuera no ser sino eso, como las llamamos: las flores. No es que sean estériles; todas ellas se reproducen profusamente —son hermafroditas—; sus órganos sexuales, exhibidos en el centro de sus verticilos, constituyen en algunas especies parte indispensable de su belleza; en las liliáceas, por ejemplo, a las que, cosa curiosa, hemos atribuido simbólicamente la pureza —el lirio, la azucena, el iris—, y dan lugar a la muy extensa variedad de las especies jardineras: la rosa, las lilas, el narciso, las violetas, la anémona, el heliotropo, la celinda, el clavel. ¡Qué sé yo! Se diría que, detenidas en la fase floral, cumplen así su misión, simplemente encantando, engalanando la vida del hombre. Ni el regalo más costoso ha conseguido desplazarlas de

su papel de mediadoras en las festivas relaciones humanas: un santo, un aniversario, un agradecimiento, una prueba de amor. Son las fragantes intermediarias de nuestros actos rituales, las transmisoras gentiles de la delicadeza de nuestros sentimientos. La mujer, el artista, el torero —en México—, reciben, de alguien que implora o admira, de alguien o de la multitud apasionada, esos ramos frescos, en cuya fragilidad se encarna de modo tan elocuente el soplo de nuestras preferencias; los ramos que son, desde la antigüedad remota, la prueba más conmovedora ante nuestros muertos de que, agotadas las lágrimas, sólo la flor puede sustituir a la palabra. Esa inutilidad es la que, se diría, las prestigia; ese como haberse quedado rezagadas en la enconada marcha del mundo hacia la eficacia; a ella se debe el papel que el hombre, sugestionado por su preciosa expresividad inútil, les asignó. Silenciosas animadoras de lo imprevisto, embellecedoras del momento, broches de claridad que se mustian. ¡Destino envidiable!

*

Uno de los aspectos más significativos de nuestro tiempo, y más desconcertantes, reside en el hecho de que los afanes de poder y de dinero les llegan, a los que lo practican con eficacia, tarde, cuando no tienen ya ningún prestigio, cuando poseer y brillar es no sólo inoperante como emblema de vida, sino, lo que resulta más paradójico, escandalosamente vulgar.

*

Sí, lo sabemos, el excéntrico es el que vive fuera de la órbita común, un desplazado. Pero la situación se complica cuando nos enteramos de que el excéntrico tiene su centro, que está, por tanto, centrado; es decir que, en buena lógica realística, no hay tal excentricidad.

*

Qué triste nos resulta, qué humillante, cuando no podemos acceder a los requerimientos de alguien que dice haberse enamorado de nosotros, el comprender con desoladora exactitud la situación anímica creada en aquel a quien amamos y que no nos corresponde: la de fastidio.

A mis antiguos compañeros marxistas. Cuando tomamos posición contra el nazismo alemán, lo hicimos no sólo contra su doctrina, sino, tanto o más, contra sus «formas», contra su forma de actuar. La forma es tan primordial como el fondo. Porque son lo mismo fondo-forma. Una misma sustancialidad formal. Si Dios —discúlpeseme la aberración— actuara como el Demonio —por creerlo oportuno—, acabaría siéndolo. Actuar nos configura.

*

Volvamos al tema de los jóvenes. Lo que hoy rige en los medios de la juventud son principios absolutos, pero para jóvenes. Han existido siempre unos principios que servían para todos, para todas las etapas humanas. Por ejemplo, la elegancia, el vestirse, las maneras. Claro que a los cincuenta años se vestía uno de un modo distinto que a los quince —¿distinto?—, pero dentro de una evolución de la misma línea, como si la moda, sin perder el estilo de la época, poseyera una amplitud de matices en la que cabían todos, niños, jóvenes, adultos y ancianos. Entre el adolescente romano con la túnica *pretexta* y un senador con su toga existe un parentesco grande, sin que al joven la moda del momento le haya regateado gracia ni al senador nobleza; son el padre y el hijo de un tronco común, los brotes de una misma idiosincrasia. Podríamos decir que, hasta hoy, todo podía ser utilizado por todos en una progresiva adaptación de los ideales y las costumbres a la edad. O sea que una idea y una costumbre eran elásticas; aptas, por tanto, al uso y al abuso de cada promoción; no se salía de tal edad para entrar en la otra; se sucedía la vida sin interrupción, describiendo ese arco de medio punto que el solo hecho de vivir va trazando en nuestro progresar como pauta de nuestro destino biológico; se irrumpe, se asciende, se alcanza la cúspide, se decrece, se desaparece. Se diría hoy, como si en ese ciclo natural se hubiera producido una explosión: algo ha estallado en la vida del hombre; el hilo milenario de su encauzamiento se quebró. Y los nuevos jóvenes acampan a sus anchas o tratan de descubrir por sí mismos el cabo roto que los conduzca al porvenir que se les ha eclipsado. ¿Piensan en el porvenir? Ahí está el caso. Los jóvenes, como les corresponde, si son jóvenes auténticos, piensan en su presente, en su actualidad actualísima, en su momento acuciante y espléndido, en su instante vital; ni lo piensan simplemente y frenéticamente: lo viven. Pero entonces, inquiero yo, y me inquieto por ello, como si, llevado de la atracción que ejercen sobre mí, fuera yo, también, otro joven, un joven de tantos de los que legislan hoy arbitrariamente, seductoramente, para sí, para sus vesti-

mentas, para sus futilidades y desatinos, pero también, no lo olvidemos, para sus inmensos deseos de independencia, de felicidad, de rebeldía, de justicia libérrima y de ocio; inquiero el porvenir en virtud de que, por muy ciego que me guste aparentar que soy, yo no soy un joven; lo fui, pero no lo soy, y a esta nueva realidad, que más que afligirme me integra de un modo mucho más profundo, sí que es verdad que mucho menos vistoso, me atengo para preguntar: Qué encontrarán después, cuando la juventud, que no es más que una etapa de nuestra vida, la más aromática, pero no la más sustanciosa, encienda su última luz de bengala y no disponga de nada servible, utilizable, aprovechable, remunerador, para lo que viene luego esa segunda vida, que es, como si dijéramos, la real, la quieta, la callada, la sin apelativo, la que el hombre tiene que seguir viviendo mucho más tiempo que aquella otra, corta como una exhalación, en la que creímos, y con qué suprema y engañosa irresponsabilidad simpática; creímos que el vivir es ser joven, maravillosamente joven, y nada más.

*

Cómo podríamos morir tranquilos sabiendo que se deja detrás un mundo —el mundo—, en el que reinan el hambre para la mayoría, la injusticia para todos, la rivalidad y la venganza entre los poderosos, el crimen como medio supremo de dirimir los conflictos privados y públicos. Y la gracia de la vida, es verdad. Enigma impenetrable.

*

La vida entera proyectando ese viaje al Peloponeso para contemplar en el museo de Olympia el *Hermes,* de Praxísteles. Y llegado al fin: Maravilloso, efectivamente, nos decimos. Pero no es el muchacho que andaba buscando.

*

En la playa: Lo que antes se desmorona en los cuerpos son las rodillas. Mantenerlas altas, en su preciso punto de intersección de la pierna con la antepierna, bien lubrificadas por el líquido sinovial, como dos pequeños escudos de oro que regulan la gracia del paso, es un privilegio. (Día de la irrupción de los tanques soviéticos en Praga.)

Desde lo más profundo de la conciencia, enquistada en su nucléolo, la inconsciencia empuja los pasos del hombre; no los dirige, los empuja. Sin ese *primum movile* vital, el hombre, al amparo de su conciencia, a su sombra reparadora, tiempo ya que habría dejado de mover el brazo y el pie. Cierto es que actúa conscientemente, pero no sabe donde va. Si a fuerza de consciente se pregunta: ¿A dónde?, la inconsciencia le aguijonea desde su enigmática nebulosidad: sigue. Y a su reclamo invisible, no obstante el refuerzo del saber, de la filosofía, de la ciencia, se debe hasta hoy que la vida, la vida humana, no se haya paralizado.

*

Los políticos rusos son burócratas despóticos, educados «sensiblemente» en el zarismo. Se ha dicho, y no sólo por enemigos, que si Pedro el Grande y la gran Catalina levantaran la cabeza, hubieran ensalzado en Stalin las dotes sin desbastar de un Romanov. Imaginémoslos asomándose por Crimea, donde toman sus vacaciones, como Nicolás II, los jerarcas de hoy, para contemplar la flota soviética surcar los Dardanelos y salir a pasear hegemónicamente por el Mediterráneo; volverían a morir de placer. En realidad, cincuenta años son pocos para modificar una fisonomía, una fisonomía secular. Una idea política e incluso religiosa no funde en el acto a la persona. Sólo ciertas individualidades se salvan, o sea se transfiguran; representan al hombre nuevo. Los demás son el hombre de siempre, amoldado a las nuevas circunstancias. Cuando vemos la pechera de los generales soviéticos constelada de estrellas de latón, nos damos exacta cuenta, exacta y descorazonadora, de que han de sentirse más amigos de nuestros generales que de nuestros ideales. ¿Qué ha cambiado? Nada esencial. Una nueva clase ha irrumpido en la Historia; eso es cierto; pero ¿la oímos como novedad en cualquier aspecto intrínseco de lo que está pasando? ¿La descubrimos, como tal clase, dando a la vida un rostro verdaderamente nuevo? El espeso tapiz de la burocracia militar policíaca nos la oculta y no nos deja percibir la profunda humanidad que esperábamos de su latido. Trotsky podría haber sido, más aún que Lenin, el trastornador de las tradiciones. Su enhiesta personalidad de polemista y el fondo, nada conservador, de su intelecto, esquinosamente anárquico, a pesar del marchamo marxista, no lo hacía apto para el sostenimiento de unas ordenanzas que, dado el gran paso de la abolición de la propiedad, se atornilla luego en las viejas fórmulas de gobierno, achicando los límites de la experiencia grandiosa y rebajando el ánimo de los que pu-

dieron haber sido los protagonistas históricos de una nueva manera de vivir en comunidad y de ser hombres.

*

No hay que saber nada sobre las cosas —nada aprendido de memoria— si se quiere seguir siendo original al hablar de ellas. Lo demás son fórmulas, catalogaciones, y en algunos conspicuos, sacos de sabiduría.

*

Política natural: Una ordenación que deje oír en lo hondo el latido inmanente de la anarquía. (La vida misma.)

*

Los espejos más fieles, más sabios son aquellos que, por deficiencias del azogue, por su desgaste, reflejan nuestra imagen salpicada de puntos oscuros. Sin restarnos limpidez nos añaden las manchas.

*

Día llega en que el hombre rehace sus creencias. Las que tenía, si las tuvo, pasan a ser meros conceptos. No es que los incrédulos o simplemente los escépticos lo pasen mejor; también en ellos se conmueve el edificio de sus *a priori*. Por eso nuestra segunda madurez —no la que cristaliza; al contrario, la de la fatal descristalización de nuestros designios— es nuestra verdadera etapa crítica y patética, aun en aquellos que no están dotados del profundo espíritu de sacrificio que se hace necesario para sacrificar a nuestro hijo verdadero, el de nuestras entrañas, que ha nutrido la mente. Hablo por igual de los contemplativos y de los emprendedores. Lenin, ya al margen del poder, cuidado, como a lo largo de su vida, por Najeda Krupskaia, poco antes de morir, dijo: «La máquina se nos ha escapado de las manos.» El último zar, insomne en la cama siberiana, cuando se acercaba la fecha de su aniquilamiento, sorprendió a su mujer, acostada a su lado, con esta exclamación: «¿Es posible que me haya equivocado durante toda mi vida?» Claro que el hombre, si se repone y vive, si recupera el poder, repite sus errores, se sigue ateniendo a sus premisas, porque es tarde ya. Sabe que se engaña y que engaña; pero le es menos duro que confirmar pública-

mente una especie de confesión mortuoria. Sólo en la intimidad y en situaciones de gravedad extrema somos fieles, somos de fiar, somos verídicos. Pero ¿de qué puede servir a nuestros semejantes y a la vida en general? La vida prospera con proyectos, no con sinceridades; la vida en común. La del hombre solo no prospera, se profundiza.

*

Esperemos que, al menos, en el Gran Ducado de Luxemburgo, nación, pese a su nombre, pequeña y silenciosa, puedan los supervivientes encontrar, como otros buscan alijo de armas, petróleo o billetes de banco, un *stock* frágil de maneras y sentimientos, particularmente humanos. Para pronto, cuando los europeos, destripados más que desnudos, hayamos perdido todas las formas.

*

Llevaron a André Gide a Moscú; él se resistía, como si presintiera lo que iba a ocurrir. Se utilizó, para convencerle, las exequias de Gorki. Y allá fue el gran viejo disconforme con su fama como equipaje. Había que exhibirlo en la muralla del Kremlin, junto a Stalin. Gide no dimitió de su puesto; la juventud que cuenta tenía puestos los ojos en él y su confianza. Y como en los días del *Voyage au Congo,* Gide volvió con un libro, un librito en este caso, que había de causar impacto: *Retour de l'URSS.* No era un libro desleal; todo lo contrario; era un libro amigo; pero resultaba, como todos los salidos de la misma pluma, denunciador. No demoledor. Su simpatía quedaba en pie; sus advertencias apuntaban hondo. No le valieron coplas. Como en los antiguos imperios teocráticos, la sumisión ha de ser absoluta. Y en menos de horas, Gide pasó de ser el intelectual número uno de Europa —sus obras habían sido vertidas al ruso—, a no ser más que un viejo pederasta. Es decir, que fue necesario que André Gide conservara, frente al fenómeno del sovietismo ruso, una actitud estrictamente gidiana para que los dirigentes moscovitas descubrieran lo que, por lo demás, Gide había tratado de poner en claro a través de su obra, obra de moralista dentro de los cauces de la gran tradición francesa —el *Omne illud verum est, quod clare et distincte percipitur,* de Descartes—, las características especiales de su vida privada. La campaña contra el hombre eminente fue feroz. La burda desconsideración de que dieron muestras los atacantes nos descubría a los jóvenes espectadores, sorprendidos en nuestro fervor revolucionario, ese subsuelo humano

amenazador contra el que habíamos levantado nuestras banderas, cuando la irrupción en plena Europa de una concepción de la vida estrepitosamente violenta e incivil: el nazismo alemán. Nadie, que yo sepa, levantó un dedo a su favor; digo mal, Malraux posiblemente. Ylia Erembourg representó entonces en Occidente el papel de fiscal. Y nos trajo a España sus argumentos acusatorios, que no aceptaron más que los convencidos de antemano: la Iglesia. Pero el tiempo siguió su curso, y Erembourg, viejo a su vez, tuvo que pasar su calvario. También él, aunque retardado, vio en su país cosas que denunciar. El caso Pasternak lo hizo salir de su mutismo. Todos nosotros somos culpables, vino a decir, rodeado de jóvenes; pero nuestro silencio no tenía más justificación que el riesgo que corríamos —el *batiuska* Stalin estaba ya muerto—. Otra rectificación de conducta: Luis Aragón ha salido en defensa de dos escritores soviéticos que han ido a dar con sus opiniones en la cárcel. En una carta publicada en *L'Humanité*, Aragón afirma que nada semejante podrá ocurrir nunca en Francia, ya que un escritor, aun siendo mediocre, recalca, tiene derecho a expresar su punto de vista. Gide, en su sepulcro de Cuverville, ¿habrá sonreído? *Plus vaut tard que jamais.* Corramos un velo sobre el pasado.

*

En una conferencia telefónica dije a R. G.: Tus razonamientos no tienen razón... Y la frase quedó inconclusa. No era, como debió parecerle, un juicio negativo. Yo mismo me pregunté: ¿Qué quise decir? Y completé mi idea: sus razonamientos no tenían razón, tenían verdad. No nos asustemos, pero la razón no siempre coincide con la verdad. Hay razonamientos que caen sobre la verdad, como una red, pero sin lograr atraparla. Son los de los lógicos; los que suelen tener razón. Los otros, los de la verdad, apenas si pueden llamarse razonamientos, son evidencias, y sus depositarios son los clarividentes.

*

Sí, ¿qué es la verdad? La verdad no es nada determinado, nada absoluto. Pero en cada momento se nos puede hacer patente por alguien, por algo, una presencia, una palabra, un suceso. En aquél, de la interrogación famosa: ¿Qué es la Verdad? Cristo era la verdad, una manifestación al menos muy patente de ella. Si Pilatos no lo percibió es porque era una mente abstracta y Cristo no fue, para él, más que una presencia contingente. Muchos de los que le acusan dicen que

Cristo es la verdad, pero porque lo han convertido en una abstracción. Olvidan que Cristo dijo ser la verdad, pero no sólo eso, y la Vida, lo que, ya lo advirtió Unamuno, complica considerablemente la cuestión. La vida puede ser, en un momento dado, micróspico, la verdad.

*

El ganar deforma; el perder puede profundizar. Si el que pierde se independiza de su humillación, se ha salvado. Pero el que gana se enfatua; su virtud se le enquista y se convierte en un tumor. Nada resulta más arduo, recorriendo las páginas de la historia, que tratar de descubrir un vencedor que haya sido capaz de desprenderse de sus victorias. ¿Algún arrepentido? ¿Un santo? No doy con él.

*

En un momento de malhumor: El hombre es como el perro, un lobo que ha tiempo perdió su pelaje inicial. Lobos civilizados, en el mejor de los casos.

*

Por un compromiso tuve que sentarme, en casa ajena, ante la televisión que detesto. Representaban *Una mujer sin importancia,* de Oscar Wilde. Los actores españoles dan, a este teatro, una compostura que pretende ser elegante, pero que no es más que engolada; la pronunciación inglesa, en la que por una como petulancia de las contracciones, dominan los monosílabos, se traduce al español por una mayor pesadez de los vocablos, que le confiere a la frase la abundancia de palabras graves; como si las salidas de Wilde requirieran menos tiempo, petulancia pero no prosopopeya. Entre los mirones, estaba una muchacha inglesa que dijo, con un imperceptible dejo de censura —para ella, el punto de vista inglés era, ya se comprenderá, el privativo—, que Wilde tiene más audiencia fuera que dentro de Inglaterra. En víspera de su escandaloso proceso, cuatro teatros de Londres representaban las comedias de Wilde; éxito sin precedentes. De algún modo, aunque bastante desleída, la huella de su proceso persiste. El puritanismo inglés, con la honra española, calderoniana —no la honradez monda y lironda—, son productos sellados de los pueblos de lenta extirpación. Oscar Wilde, por lo demás, era irlandés, como Bernard Shaw. A los ingleses les dedicó ramilletes de inconveniencias; a los americanos los puso in-

defectiblemente en solfa. No sé si al catolicismo irlandés, que no practicó nunca, debe Wilde, en medio de la sociedad inglesa de su tiempo, el haberse librado del puritanismo, que es más una etiqueta anímica, un prejuicio que una práctica o, en otros casos, más una práctica que una convicción. Aunque el catolicismo que atrae a Wilde no es el rígido, irlandés, sino el cortesano de la curia vaticana, el paganizado del Renacimiento. Oscar Wilde es más universal y universalista que Inglaterra. El inglés se ha conservado isleño, no obstante sus dos siglos de expansión imperial. Ha estado en todas partes sin aprender nada; a negociar, que perfeccionó. Es un pueblo admirable sin duda alguna, y antipático. Admirablemente antipático. El humorismo wildeano sí que es inglés, o nos lo parece a los extranjeros, aunque si el inglés lo toleró, simultáneamente, en cuatro teatros, divertido, es porque, de algún modo especial, le iba, le sentaba bien, como esos calmantes que a la vez provocan otros trastornos. Wilde hace flotar sobre la acción escénica su humorismo, como la gasa que cubre los hombros desnudos, y un tanto flacos, de una *lady*. Pero, de todos modos, los alfilerazos de Wilde son más bien cosquilleantes que mortificantes, porque Wilde es un hombre bondadoso. Lo que no le ocurre al inglés, bondad instintiva, se entiende. O, en todo caso, la del inglés es una bondad puesta y cultivada a favor de los animales. Se les personifica con el león, como a nosotros con el toro, o al ruso con el oso; pero el animal típicamente británico es el caballo, el inglés claro, el estirado alazán de elegante estampa, por cuya conservación como raza dejarían perecer, si preciso fuera, mesnadas de gente colonial. Otra debilidad inglesa es la policía; el policía más bien. Tener los mejores caballos de carreras y *Scotland Yard;* policía sin armas, correcta, mientras los diputados yanquis, confundidos con los *gangsters,* van por las calles a tiro limpio. Wilde dijo de los norteamericanos: son como nosotros, sólo que hablan otro idioma. La extravagancia inglesa le gustaba y le sirvió. Hizo con ella gorgoritos. Con presencia imponente. Sus obras no se parecen a nada; son tan wildeanas que cada vez que se ponen en escena lo resucitan, con levita y orquídea sobre el raso de la solapa, sus *bandeaux* rubios sobre la frente; las manos, grandes, blancas y cuidadas, colocando sus guantes vacíos en el primer plano del espectador. Y su faz, cincelada, como a él le complacía repetir, de césar romano. ¡Pobre Wilde! Cuando un día lo sacan de la cárcel para que oiga la declaración de su bancarrota: venta de su casa, sus muebles, sus cuadros, sus libros, y en la estación, vestido de presidiario, tiene que esperar, esposado, bajo la lluvia, reconocido por los transeúntes, la llegada del tren, le dice a uno de los policías que lo escoltan estas palabras, esta chanza compleja,

que adquiere en aquellos momentos una comicidad enigmática: Si la reina trata de este modo a sus delincuentes, merece no tenerlos. En la que los delincuentes se convierten en algo lujoso, un preciado producto colonial. Y la mañana en que, cumplida su condena, ve, luego de dos años, en los que ha tenido que hacer y deshacer, con aquellas mismas manos suyas, cuerda de esparto, a la amiga que, acompañada por un pequeño grupo, ha querido ser la primera en saludarle, exclama, como si el «mundo visible» recobrara de nuevo con su libertad la gracia perdidas: «*Oh my dear Wonderful!* Sólo usted es capaz de saber qué sombrero preciso debe ponerse una mujer en una ocasión como ésta.» ¡Qué capacidad de goce! ¡Qué genio epigramático! Como escribió Gide a su madre con motivo de su encuentro con Wilde en Argel: *inimaginable et, somme tout, trés grande figure.*

*

Alguien que podía hacerlo ha dicho que los pobres son el signo de la presencia de Cristo. Palabras turbadoras. En efecto, Cristo y la pobreza parecen asumir una unidad. Y el rescuerdo, muy difuminado para muchos, de la pobreza de Cristo, sobrevive como una realidad dura de roer. Si los pobres lo siguen, por así decirlo, representando, ¿qué lograremos si los convertimos de pobres en acomodados? La tendencia de la Iglesia, ¿no coincidiría más con sus fines propios, cristianizar el mundo, si en lugar de enriquecer a los pobres se propusiera empobrecer a los ricos? Un mundo de pobres, exactamente, he ahí el ideal. Pobres no quiere decir hambrientos. Cristo, según el Evangelio, nunca pasó hambre más que en los cuarenta días de sus privaciones voluntarias. La pobreza reside en la ausencia completa de poderío, de poderío mundano. Un sacerdote amigo, de corazón generoso, me decía una mañana, bajo un gran almez, luego de haber celebrado su misa campera: ¿Qué buscan los ricos en el cristianismo? ¿Cómo no comprenden que éste no es su medio adecuado? Hace mucho tiempo que había yo descubierto la antinomia. Claro que los ricos se habían hecho cristianos. En el tiempo en que esto ocurría, tiempos como los nuestros, de profundas transformaciones y mudanzas, los cristianos eran, a imagen de su creador, pobres, y los ricos, que, a causa del profundo desazón de las almas, fueron atraídos al calor humano y a la unción creyente de las catacumbas, convirtieron sus holgadas mansiones en fraternales viviendas de acogimiento y oración; ni siervos ni señores. Véase en la *Ciudad de Dios*, de San Agustín, el relato de tan peregrino trance. Y así, cuando bajaron las hordas de Alarico, el *raptor*

urbis, hasta la misma Roma, muchos de aquellos ricos conversos emigraron a tierras de Israel y a otros puntos suburbanos del viejo imperio. Pero lo que de todo este trajinar, que tanto se nos parece, sorprende más, por lo inesperado, es el encontrarnos bajo la faz macerada de los anacoretas de la Tebaida a los patricios, a los poderosos del mundo, tomando parte, con su ascetismo, ni que decir tiene que con su pobreza integral, en la eclosión lenta, escabrosa, trasmutadora de valores, de la naciente conciencia cristiana.

*

Hay seres, hombres, que no es que estén entre esto y aquello, término medio de una valoración corriente; es que son otra cosa.

*

Mientras la humanidad no se organice en régimen de excepciones, como el idioma inglés, su articulación será forzada y su orden moral, como comprobamos, mero simulacro; deformante para muchos, y para el conjunto social, empobrecedor.

*

Las excepciones no son, ciertamente, la sal de la tierra, pero sí son sus especias.

*

Arabesco. El dinero no añade nada; más que codicia y estrechez. El lujo, como meta, es un camino de aberración y de injusticias. El verdadero lujo no pacta con el dinero; se puede estar cubierto de perlas y de deudas: eso es lo lujoso.

*

Cada día, a través de la pequeña pantalla, amiga, engañosa, de los hombres, se descarga sobre éstos, en la intimidad del hogar, quintales de plomo que los ciegan poco a poco, haciéndolos creer que los instruyen.

Hasta hoy han existido los pueblos siervos y los pueblos ciudadanos; no libres. Decir pueblo libre es pura retórica. Los pueblos son el factor humano de una nacionalidad. Esta se configura dentro de una obediencia despótica, como el zarismo ruso, o de una observancia liberal, como el imperialismo inglés. El resultado es el antedicho. Que un siervo bien nutrido pueda sentirse mejor acomodado en la tierra que el ciudadano menesteroso, de acuerdo. Pero, éticamente, viven en distintos estadios de humanidad.

*

Observemos que en algunos las debilidades son fuerzas, verdaderos focos de energía. Corregirlas es tanto como anular a sus dueños, en su doble papel de individuos y de utilidad, de utilidad pública, puesto que valemos por lo que somos y por lo que aportamos. Ya lo enunció, científicamente, Freud: defended vuestro complejo. Gide, por su parte, le dio forma humanista, teñida de ascetismo, con resonancia irónica: *Monsieur, cultivez votre vautour.*

*

Se comete un crimen espectacular que conmueve al mundo entero. Porque el escenario es Norteamérica, hacia donde convergen hoy las miradas. La víctima es un senador joven, jefe de un clan poderoso; crimen político; enredoso, turbio, brutal. Una vez más, la típica sonrisa americana sirve de carátula a una realidad emboscada, poco sonriente. Funerales de Estado; las pantallas caseras proyectan la ceremonia pública y en los millares de videntes se registra, ante el luctuoso suceso lejano, una curiosidad cariacontecida; se remueve el recuerdo de otro atentado similar, en el que un consanguíneo del caído, presidente de la nación, encontró también la muerte alevosa; muerte trágica. Todos, nacionales y extranjeros, contemplan el enlutado grupo familiar, con ese espontáneo compartir el dolor que cuenta, por rápido que se muestre, entre las más nobles virtudes del sentir público, de la humana convivencia. Del grupo fúnebre se destaca un muchacho, el heredero de la víctima, que reproduce sus rasgos, más tiernos, sobre los que se balancea desde la frente la misma guedeja paterna. Unos días después se le ve llegar de vacaciones a España, y sólo a un mes de distancia del acontecimiento criminal los rotativos ilustrados ofrecen las instantáneas del huésped en fiestas andaluzas, entre millonarios y toreros, lanzándose, con el mismo perfil del funeral y en mangas de camisa, a marcarse, los brazos en alto, unas bulerías. Las gentes de la

condolencia cuando el crimen, reciente, contemplan ahora, las imágenes publicitarias, la diversión, capeas, tientas, chatos, flamenco, y hacen por asociar, incómodos, lo que ven y lo que apenas dos meses vieron. ¿Aplaudir? ¿Censurar? Este chico, ¿qué representa en sí? ¿Una evolución o una regresión? ¿Es más natural que nosotros o más inconsciente? ¿Eramos nosotros más sentidos o más formularios? Está la cuestión del sentimiento, pero también la del estilo. Varias horas después de haber enterrado a nuestro muerto podemos sentir hambre. ¿Por qué disimularlo? Y las lágrimas, no siempre acuden en el momento oportuno; a veces tarde, cuando nadie nos ve, y muy amargas. ¿Fingir, pues, la aflicción? Ciertamente, nada es como es sino lo natural. Pero el estilo puede suplir, dignamente, la ausencia, circunstancial, de una entonación emotiva. Nada más contraproducente que la ficción. Pero exigir que sólo hable en cada momento la autenticidad suma nos expone a una vida de relación caótica, y casi, por así decirlo, exclusivamente animal. Decía el *Eclesiastés:* «hay tiempo de llorar y tiempo de reír». Y también: «cada cosa, bajo del cielo, tiene su sazón». Eso es, su sazón. ¿Son dos meses tiempo? ¿Para un joven? ¿Tiempo de sazonar una emoción dramática? ¿El joven mismo es un ser en sazón? ¿La misma espontaneidad que preside su desenvoltura lo hace apto para dar normas, para crear el estilo? Preguntas que se nos vuelcan apresuradas en períodos como el nuestro de bruscos desplazamientos. Los hechos, hoy, hablan como nunca; los hechos desnudos, no los acomodos: cada cual se muestra como quien es, frente a los recalcitrantes, los primarios. A falta de intuición, instinto. No imitemos a nadie, expongámonos. La espontaneidad engendra el desbarajuste; punto de partida de una reacción. Bastante más de dos meses habrán de transcurrir para que del oleaje de ese desbarajuste se insinúe de nuevo, para la humanidad en trance de liquidación, un estilo.

*

Si hubiera que aplicar a nuestra época, como definitorio, el título de una obra famosa, yo eligiría, sin titubeos, el de Gogol: *Las almas muertas.*

*

De tarde en tarde aparecen, a lo largo de la vida, de la vida histórica, gentes, individualidades, en cuyas manos desbordadas el dinero parece cumplir un fin insensato y que, no obstante, lo dignifica, lo rescata, al menos, de lo sórdido, que, por el contrario, suele resultar el hecho de tenerlo. Unas veces el ilustre dilapidador lo es en grande,

y usa de los fondos monetarios inagotables en proporción tal que amenaza la integridad, no ya sólo del bolsillo privado, sino, incluso, del erario público. Cuando, por ejemplo, al solemne gastador le acomete el delirio de la monumentalidad constructiva. Adriano, el césar de madre gaditana, forma entre ellos, de manera notable, con el empeño de reproducir en Tivoli, en la villa que lleva su nombre, la réplica de todo edificio famoso que, en sus largas correrías por el Imperio, con moderno ojo de turista, había podido admirar. Y legiones de albañiles, de arquitectos, de maestros de obra, durante años, convirtieron aquella planicie que sería después, acabadas las obras inacabables, lugar de reposo del amo del mundo, en una laboriosa agitación de hombres, órdenes, caballos, andamios, tambores de mármol, picapedreros e ingentes mecanismos de transporte y puesta en pie de los desbastados bloques de piedra de Carrara. Otro soberano, moderno, del que se apoderó la furia arquitectónica, fue Luis II de Baviera, que apenas si vivió para otra cosa que para emular a su dios, Wagner, haciendo brotar en las crestas de las montañas, por cuyas honduras circula el Rhin, espectrales castillos de situación privilegiada y dudoso gusto, a los que se hace transportar en un trineo de oro conducido por empenachados caballos blancos. Ese afán de gastar, que no tiene relación ninguna con el boato, bien administrado, de una casa principal que cuida de su prestigio interesado, porque es, por el contrario, la manifestación de una fuerza desordenada, pero magnífica, toma tantas apariencias como gustos hay. En cuestión de vestir, conocido es el derroche de la criolla Josefina, que fue emperatriz de Francia. Napoleón llegó, en su irritación augusta, a amenazar a las modistas de su mujer con reducirlas a prisión. Túnicas, *echarpes,* plumas, blondas, tules, joyas, guantes, lencería, amontonábanse sin ton ni son en los roperos, armarios y consolas de Fontainebleau, distribuidos por la dueña entre sus camaristas, a las que celebraba luego el buen gusto de alguna prenda que ella usó unas horas o que ni siquiera recordaba haber sido suya entre la confusión heteróclita de tan eminente guardarropía. No sólo fueron los trapos; Josefina amó también los jardines. Y, como otras hacen trasplantar begonias para su balcón, se hizo traer de la antípoda Australia ese árbol cuya hoja tiene la forma de un pequeño alfanje oloroso, el eucalipto, que Europa desconocía y que ha llegado a constituirse en especie indispensable de nuestra floración continental. También se recuerda en esta galería de ilustres manirrotos otra figura femenina, cuyas *posses* clásicas en un pequeño teatro de salón contempló Goethe —era el momento de las excavaciones de Herculano—, lady Hamilton, que, salida del fango, como se dice en ciertos medios, volvió a él en cumplimiento

de una órbita misteriosa, después de haber sido la esposa de sir Williams y embajadora de Inglaterra, la favorita de la reina de Nápoles y la amante de Nelson, cuando la desaparición de estos tres personajes de la escena del mundo la dejó sin amparo, abrumada de deudas impagables, confundida entre ladronas, peripatéticas, o simplemente desgraciadas mujeres, en la cárcel. Otro famoso en el género fue Brummel, que consumió en su acicalamiento una fortuna que no tenía. Ya se sabe que Inglaterra, con su buen ceño burgués y su metodismo, es una inagotable productora de excéntricos. Wilde gasta las rentas de sus cuatro estrenos londinenses invitando al *Savoy* a lord Alfred Douglas, otro caballo desbocado, para cenar hortelanos con *champagne* y regalarle a los postres una pitillera de concha con cantos de oro y cifras de diamantes que al entreabrirse dejaba ver alineados los primeros cigarrillos egipcios, *bout doré*. Proust, en cambio, en París, gustaba de comer solo, en el Ritz, repartiendo después entre el personal del servicio, mientras le embutían ceremoniosos el abrigo de pieles, pingües propinas. Una noche, luego de saldar su cuenta, halló su cartera exhausta, y pidiéndole al *maître* 500 francos —eran las postrimerías del siglo—, le cerró la mano con ellos dentro, como si fuera él quien se los daba. Son gestos, no importa la cuantía, que denotan una fruición lujosa por desprenderse de aquello mismo que se considera indispensable para que el lujo sea posible, el dinero. Se adivina en ellos una especie de vértigo oscuro, o tal vez clarividente, para acabar con algo que les molesta. Como si aspiraran a un drama imprevisto que está detrás; a un ascetismo liberador que les espera al salir, en la puerta, en lugar de su coche. Como si hubieran presentido que arruinarse es una experiencia poética. Conocí a un poeta español que, en el exilio, recibió un cheque, en dólares, para que pudiera comprarse ropa de abrigo, pero que no resistió a la tentación, en su lugar, de entrar en una pequeña tienda inglesa para caballero, de las que al abrirlas hacen sonar a nuestras espaldas una sonería de flotantes tubitos metálicos, para adquirir los *Yardley* y un imperdible de oro con la que sujetar el cuello de su única camisa. Parece una nadería, pero el gesto delata a la especie.

*

Contemplando, con imparcialidad, el cuerpo de la mujer, se nos aparece hecho con menos detalle que el del varón, dibujado con línea más blanda. En el hombre, la piel se ajusta, vibrante, a la trama muscular de los tendones, que, en los movimientos naturales, andar, sentarse, accionar, someterse a no importa qué ejercicio pasajero, traduce al exterior como un fino abanico que se abre, un despliegue subcu-

táneo de fuerzas. El asentamiento de la pelvis, con sus leves salientes, óseos, esas dos líneas que descienden, laterales —y que los plásticos griegos señalaron acusadamente a ambos lados del vientre tenso, como si bajaran a recoger en el centro lo que Homero llama «órganos dignos de respeto»—, confiere a la esbeltez masculina una como desnudez de los resortes, la limpieza de engarces, podríamos decir, de su maquinaria interior; que no se oculta a la vista, que, por el contrario, pone de manifiesto, como animal alguno, el intrincado y perfecto artilugio de su sostén. Nada de esto ocurre en la mujer, cuyo cuerpo más bien pretende ocultar intimidades que mostrarlas, su redondez delicada, pero monótona, parece traducir un pudor de las realidades orgánicas; el hueso, el músculo, las nervaturas, desaparecen bajo el calificativo más grosero de la «carne», que recubre, como una pulpa frutal, el armazón soterrado y confuso. Hoy, este cuerpo de la mujer, si nos sirve de término de comparación su expresión en el arte, los espléndidos desnudos de Tiziano, de Rubens; los de Renoir, hechos con pasta de rosas, e incluso los que debemos, opulentos de caderas y menguados de hombros —la Venus *calipigida*—, a la estatuaria helénica, ha evolucionado por motivos de vida, de la moda y del gusto —del gusto, que es tan significativo de la mentalidad— más que el del hombre; pero, cosa curiosa, tomando a éste como guía y modelo, a todas luces se ha masculinizado. Que lo pregunten a los caballeros de otro tiempo. No es tanto una cuestión de plasma adiposo como de línea, de estructura. De todos modos, la naturaleza femenina sigue defendiendo, como un distintivo propio, lo que ha significado siempre en la mujer el reclamo de su feminidad amorosa: los senos. Ese almohadillado delicioso —refugio del hijo que antes lo fue del padre—, en cuyo modelaje parece haberse entretenido la mano del hacedor, mientras se olvidaba de todo lo otro.

*

Ciudadanos: ¿qué diríamos de un gallo que bendijera a su castrador porque le debe la tranquilidad —la impotencia— en que vive? ¿Es esto Sócrates, Aristófanes, el Sócrates aristofanesco, o es simplemente una invención de mi propia cosecha?

*

Curiosidades. A comienzos del siglo II de nuestra Era los hijos de los senadores rasurados de Roma empezaron a dejarse crecer la barba, *graco mores,* decisión que fue tenida en los medios castizos por afeminada.

Criatura afortunada. Estoy en un jardín público, sentado en un silloncito banal, pintado de rojo, junto a una mesa. A ambos lados de la avenida, por la calzada, circulan los coches y los tranvías, produciendo esa pulsación sin la cual el hombre moderno se sintiría desamparado. En otras mesas, a cierta distancia, están sentadas algunas señoras haciendo *crochet,* mientras vigilan a sus niños. En un banco municipal, unos ancianos, boina, gafas oscuras, chaquetas desmayadas, charlan, con pausas, sobre todo, que es tan poco, y contra todo. Por el paseo central, entre las correrías infantiles, una caída, algún lloro, pasan los ciudadanos, de catadura diversa, hombres, mujeres, jóvenes de paso firme, pequeños burgueses; de compras ellas, ellos de ventas, con sus carteras repletas de publicidad, una joven esbelta con lacias melenas, varios estudiantes septembrinos, rezagados de los exámenes, soleados aún por las playas y deslucido ya el zapato veraniego. Los jirones que, de su conversar, dejan los que pasan, intrigan más que un programa de cinematógrafo. ¡Cuántos destinos errantes cuya singularidad no conoceremos nunca! Gentes vulgares, si se quiere, pero vivas; es decir, mis contemporáneos, mis convivientes. En un alto vaso me sirven un jugo de naranjas de la región; al sol su colorido se exalta; estamos bajo los árboles, hileras a un lado y a otro de plátanos orientales, árbol de nuestras carreteras, árbol resistente, umbroso, modesto, aunque aureolado de gran prestigio, árbol platónico, que oyó la voz de Sócrates, y a cuya sombra, junto a la exigua vena del Iliso, se pronunciaron las palabras sagradas del *Fedro.* Algunas datileras y que dejan estallar en lo alto sus ramas colgantes, matizan, sin embargo, nuestro emplazamiento cultural; un como desperezamiento africano recorre la mañana. Más aún, a mi izquierda, en una isleta cuadrada de las que rompen a trechos la larga cinta central que se desarrolla a lo largo de la avenida, cuatro ficus inmensos, de cuyos ramajes bajan, enredadas, extrañas excrescencias que hacen pensar en la fiebre de los trópicos, parecen cobijar, estremecidas, sus copas de bronce por un delicioso airecillo otoñal, un monumento de piedra húmeda, que se diría, a distancia, corresponder a alguna incorporada divinidad india, un Visnu, una Kali, pero que no resulta ser, al venírsenos encima, más que el feo homenaje, estatuario, a un vate vernacular. La mañana se adensa, ya dije que estábamos en septiembre, y es por eso que, si el sol que se filtra, conserva aún los toques de su ardor estival, un soplo que presiente la llegada de la nueva estación lo dulcifica, creando un clima de templanza cuya fugacidad se adivina. Ayer R. me dio mil pesetas; es todo mi capital. Me siento feliz. Llevo un pantalón blanco, como los zapatos, combinados con piel, tal como los usaban en Ostende en 1905, enfundados sobre

calcetines azules de seda; azul marino, naturalmente, como mi camisa, salpicada de pequeñas motas blancas. En las manos tengo un libro con tapas rojas de un escritor ruso que murió en el exilio, Berdiaev: *Les sources du comunisme ruse.* Es el autor de una obra que se leyó mucho en los años de mi juventud: *La Nueva Edad Media.* El tiempo ¿ha corrido o se estaciona? Según se mire. Mi juventud, mi vejez, las mismas modas que vuelven, los mismos problematismos mundiales, los mismos cataclismos. Ayer, hojeando una revista ilustrada, alguien dijo: Te pareces al de Windsor —al que nunca me parecí—. Miré las instantáneas, estaba en un jardín, con un *nicky* listado, unos perros. Lo que quiso decir, sin saberlo, es que envejecíamos de igual manera. Se conserva la misma silueta, las mismas actitudes, el sello juvenil, el atuendo, la línea del peinado, sólo que con pelo blanco, como si al proyectarse el sol se convirtiera en luz lunar. Al acercarnos surgen los deterioros inevitables, las arrugas, las manchas, un telo gris caído como una gasa, que debilita los contrastes y da a nuestra presencia algo de quebradizo, a la vez que de espectral. Pero sin las dos muestras clásicas de la edad: la calva y el abdomen. Seguramente, un espíritu vivaz, se defiende en aquellos que, por una especie de fervor congénito, parecían representar la juventud inmarcesible, ni que decir tiene que falazmente: todo se rinde a la vejez, las armas, los cuerpos. Mientras tanto, mis amigos ricos viajan, mis amigos pobres trabajan; hay quien, intermedio, ambas cosas a la vez. Mi ociosidad desafía a mi época. En esta mañana, ya madura, del verano, me parece reconocerme. Todo está cumplido y todo por hacer. ¿La idea del renacer continuo de los hindúes no provendrá de ahí? ¿De la contemplación milenaria de esta constancia? Hay quienes creen que, en un momento dado, todo empieza; otros, por el contrario, que todo acaba; son suposiciones. Lo cierto es que nada está nunca tranquilo y que todo, a pesar de las apariencias, se repite. Pero se repite. ¿Cómo? Distintamente. Nada es igual a nada, y todo es lo mismo. Estas criaturas en torno, estas arboledas, las calles de la ciudad, su deslizante jornada en una fecha precisa, el día de hoy, ¿qué tienen de particular, de efectivamente distinto? Poca cosa. Pero ese poco es lo que las hace vivir, no sólo distintamente, sino, incluso, de un modo inintercambiable. Cada cual es quien es, este desconocido que espera el autobús, este árbol que me cobija, el camarero que recoge mi propina y la gitanilla que mantiene delante de mi mesa su mano abierta, mientras las dos señoras de enfrente comentan, con aspereza, el uso de la limosna. Por eso la muerte de cualquiera nos impresiona, porque se ha convertido de un destino abstracto en un acontecer personal: cada cual vive su vida y su muerte: su historia. Día llega en el

que no importa el tiempo, años, siglos, alguien pasa por esta vereda en el momento en que un jardinero del Ayuntamiento está talando por su base este plátano que me sirve hoy de dosel y que, en años anteriores, treinta, cincuenta, otro jardinero, hoy manumitido, o inexistente, plantó. Ni los paseantes ni los gorriones de entonces viven ya. Desde que un domingo nos trajeron a los colegiales, formados en trenas y uniformados con pañete azul y galones de oro, a la vez parleros y aburridos, y se abrió un balcón alto, sobre un mirador, con barandal curvo, de hierro historiado, y salieron a él unas muchachas finas, en ramillete, la menor de tirabuzones, tratando de descubrir entre nuestras filas al suyo, y los chicos, recorridos por una onda de prematura concupiscencia, entre fingida y anhelada, se repetían: ¡Las hermanas de Barreda, las hermanas de Barreda!, el cual enrojeció, mientras ellas le sonreían, exclusivamente a él, entre sus rizos y con blusas de linón y sin levantar la mano, que no se usaba entonces, han pasado acontecimientos y mutaciones. Tiempo inmemorial. Las Barreda, ausentes del balcón. Nuestro mismo compañero, ¿para qué remover sus cenizas? Pero aquel momento, helo aquí, atrapado por mi memoria intacta, con su luz, su ilusión, su sortilegio, como los chicos descubren en la intersección feliz de dos ramas un nido. Más vivo en mí que en los que fueron sus creadores inconscientes, más permanente, al menos. Ociosidad, me digo. Ser ocioso ¿no será más bien el atributo de una laboriosidad genuina? Unos trajinan, otros conservan; es decir, eternizan. Se es como un broche que reúne y fija, con un centelleo de joyel, el discurrir del tiempo; con todo lo que el tiempo contiene, la humana grey, los árboles, las mesas, los tranvías, el perro perdidizo que pasa, y sin lo que, con todo su proceder inasible, y al parecer omnipotente, no sería nadie, o más propiamente, no sería nada, no tendría nada que hacer. *In solis sis tibi turba locis,* nos recomienda Tibullo. Y yo lo cumplí: hice mío, en mi soledad, el mundo.

JUAN GIL ALBERT
Taquígrafo Martí, 13
VALENCIA